

currido, manifestando: que el mundo ni es, ni pudo ser eterno.

*Sever.* Todos los que creen que hay Dios, defienden que es santo y justo: pues ¿como permite tantas maldades y delitos que se cometen en el mundo? y así, ó no ecsiste, ó carece de los atributos de la santidad y de la justicia; y, en este segundo caso, tampoco ecsiste; porque un ser que carece de estos atributos, no puede ser Dios.

*Clem.* Dios permite estos males, para sacar de ellos grandes bienes. Se manifiesta y resplandece su paciencia en sufrir al pecador, y en darle tiempo para el arrepentimiento: resplandece su providencia en los auxilios y medios que da al delincuente, para atraerlo á la penitencia: brilla su misericordia en perdonarlo, si se arrepiente: ostenta su omnipotencia en sostener al pecador penitente, para que no recaiga en sus pasados escesos: y, en fin, si el hombre culpado se obstina en seguir en el camino de sus desordenes, entónces se manifiestan la santidad y la justicia de Dios en castigarlo. Es innegable, que el ejercicio de estos atributos divinos, es un grande bien, pues de ellos resulta á Dios tanta gloria.

De que Dios permita los pecados, tambien le resultan al hombre grandes bienes. Al ver la paciencia con que Dios le sufre, y la bondad con que le llena de beneficios, en el mismo tiempo que lo está ofendiendo, se escitan en su corazon los afectos de la gratitud, y los impulsos á reconciliarse con un bienhechor tan generoso. De aquí dimana el ejercicio de la virtud de la penitencia; la humildad que el hombre adquiere despues de levantado de sus caidas; la compasion con que ve la flaqueza y las miserias ajenas, considerando las suyas propias. Comunemente de los delitos que cometen unos hombres, reciben otros perjuicios é injurias; y esto es una ocasion para los ofendidos de ejercitar la mansedumbre en sufrir, y la generosidad en perdonar. Basta con esto para convencerte de los grandes bienes que resultan de los males que Dios permite que haya en el mundo.

*Sever.* Vemos que el vicio triunfa, y la virtud es oprimida: los perversos gozan de prosperidad, son ecsaltados, viven felices y contentos, y son el objeto de la envidia de los demás hombres: por el contrario, los virtuosos viven sumer-

gidos en la miseria, son despreciados y perseguidos, respiran la tribulacion y la amargura de que está agoviado su espíritu, y son un objeto digno de compasion. Pues si ecsistiera Dios, estaria cambiada esta suerte. Como justo remunerador concederia en premio á los virtuosos, el goce de los bienes; y á los perversos les aplicaria en castigo aquella porcion de males, correspondiente á su iniquidad. Conque si no hay esta remuneracion, es una prueba concluyente de que no ecsiste Dios.

*Clem.* Primeramente: es falsísima la proposicion, si se toma con tanta generalidad, diciendo, que todos los hombres viciosos gozan de prosperidad; porque la historia y la esperiencia enseñan, que ha habido y hay multitud innumerable de hombres malos, sujetos á una suerte miserable y desgraciada: otros desde la cumbre de la fortuna han sido derribados hasta el abismo de las calamidades y de la adversidad: y otros han acabado la escena de su vida con un fin trágico y lastimoso. Vea-se, por ejemplo, la historia de los emperadores romanos, que se consideraron como señores del universo, y se hallará, que la mayor parte de los Cé-

sares viciosos terminaron su ecsistencia de un modo muy funesto y desventurado. Jamás acabaria yo si quisiera citar los infinitos ejemplares que confirman esta verdad.

Lo segundo: que no hay hombres tan perversos, que no tengan algo de bueno; y sin embargo que son indignos de algun prêmio, y solo dignos de todo castigo, es tanta la bondad de Dios, que quiere premiarlos con bienes temporales, por las pocas obras buenas que practican.

Lo tercero: observámos que muchos de los pecadores poderosos suelen emplear parte de su fortuna en beneficio y consuelo de los miserables; y en fin, esta prosperidad que disfrutan, es un motivo capaz de ecsitar en su corazon la gratitud para con el soberano bienhechor, que es Dios, para que convirtiendose á él, le amen y le sirvan como deben.

*Sever.* Y los pecadores que carecen de estos bienes, ¿cual es el premio que reciben por las pocas buenas obras que hacen?

*Clem.* Lo primero: Dios no está obligado á premiar al que le ofende y lo desprecia: y si concede algun premio tem-

poral á los malos, por las obras buenas que ejercitan, es, como dije, por un ceso de su bondad; pues en todo rigor de justicia, los iníquos son merecedores solamente del castigo. Lo segundo: que es tambien bondad en Dios negar á muchos viciosos estos bienes; pues de ellos se servirian como de medios para aumentar sus delitos. Lo tercero: que esta misma adversidad puede ser una pena que Dios aplica benignamente como padre, para separar al hombre del camino del vicio, é introducirlo en las sendas de la virtud; porque los hombres mas bien se acuerdan de Dios en el tiempo de la desgracia, que en el de la fortuna; y por lo mismo están en mayor aptitud de convertirse á Dios: y, en suma, el Señor quiere atraer á unos por la concesion de los bienes, y á otros por la denegacion de ellos.

Cuanto á las adversidades de los justos, digo tambien, que ni todos ellos, ni en todo tiempo son atribulados y afligidos; porque muchísimos, aun en esta vida, reciben de la mano de Dios el premio de sus virtudes. Lo segundo: que así como no hay oro, por fino que sea, que no tenga la mezcla

de alguna escoria, de que es necesario purificarlo por medio del fuego; así tambien no hay hombres por virtuosos que sean, que carezcan enteramente de las culpas ligeras: pues de estas quiere Dios purificarlos con el fuego de las tribulaciones. Lo tercero: no se conoceria la dureza del diamante, si no es, resistiendo á los golpes; no se conoceria la solidez del oro sino pesandolo; la dulzura ó amargura de una cosa sino gustandola; y no se conoceria la pericia militar de un general, y el valor de un soldado, sino combatiendo en los campos de batalla. Así tampoco se conoceria la humildad, la paciencia, la fortaleza y la resignacion de los justos, sino sufriendo trabajos, persecuciones y adversidades. Y así como el general perito y el soldado valiente, no recibirán el premio de estas buenas calidades, sino ejercitandolas en triunfar de los enemigos, así tambien los justos recibirán el premio de sus virtudes, sino ejercitandolas, haciendose superiores á las adversidades, y vencendose á sí mismos y á sus pasiones, que resisten los padecimientos.

Finalmente, Severo: ya es tiempo de que te hable con la sinceridad que me

caracteriza, y con todo el fuego del amor que te profeso. Todos los discursos y razones que hasta aquí he producido, no se dirigen, ni á convencerme á mí mismo de la verdad de que tratamos, porque de ella estoy convencido íntimamente hasta el grado de la mayor certeza, ni tampoco pretendo buscar en esto mi propio bien. Pretendo sí, convencerte á tí de una verdad tan clara y evidente, que solo la niega un hombre, que cerrando los ojos á la luz mas esplendorosa, forma de sus mismas tinieblas un baluarte para defenderse contra las armas poderosas de la razon: y pretendo, en fin, sacarte de las sendas tortuosas del error, que te conducen al término de la mayor desgracia, é introducirte al camino de la verdadera felicidad.

*Sever.* Pues qué ¿el partido que yo he abrazado es el del error y de las tinieblas, y por efecto de obstinacion cierro el oido á la voz penetrante de la verdad y de la razon? ¿Qué miras, qué interés puedo proponerme en un proceder tan injusto y tan irracional? Si tú defiendes la ecsistencia de Dios por persuasion; yo la niego por convencimiento.

*Clem.* Si tú no te dieras por ofendido, yo

te hablaria con mayor franqueza y claridad.

*Sever.* Estoy muy convencido de los buenos sentimientos de tu corazon para conmigo, y así háblame con toda la ingenuidad que te es propia, persuadido de mi buena disposicion para abrazar la verdad en donde quiera que la conozca.

*Clem.* ¡Ay Severo amado! cuanto me alienan tus espresiones, para que yo te manifieste mi corazon, y para que este se anime de la confianza mas viva, de que algun dia te he de ver reducido al camino de la verdad. Fiado en la libertad que me permites para que te hable ingenuamente, es preciso decirte, que tienes empeño particular en obstinarte y mantener en el ateismo, por las mismas causas que te condujeron á él. Antes de pasar adelante, quisiera que me satisficieses á una pregunta, con toda la franqueza, que debe caracterizar á un filósofo, que se gloria de ser defensor de la verdad.

*Sever.* Te prometo contestarte francamente.

*Clem.* Dime: ¿tu entendimiento se halla actualmente tan convencido del ateismo, como lo estaba antes de que diésemos principio á nuestra conferencia?

*Sever.* Mi honor::: mi palabra:::

*Clem.* ¿Qué? ¿qué quieres significar con eso?  
No te sorprendas.

*Sever.* Mi honor me obliga á callar; mi palabra me ecsige responderte; y mi animo estrechado por dos extremos contradictorios, se resuelve á contestarte.

*Clem.* Ya te entendido: crees que tu honor quede lastimado confesando la verdad; porque es faltar á la fortaleza propia de un filósofo incrédulo. Esa es una fortaleza aparente, y una cobardía real y efectiva, como te demostraré mas adelante. Mira, que jamás fué honor negar la verdad por capricho y obstinacion; sino, mas bien, una ignominia, aun en un idiota de la plebe. Por tanto, cumple tu palabra, y da gloria á la verdad.

*Sever.* Mucho me estrechas Clemente: es forzoso ceder á tus insinuaciones, y decirte, aunque se resienta mi orgullo filosófico, que á proporcion de lo que nos hemos ido internando en nuestra conferencia, he ido perdiendo grados de convencimiento sobre mi sistema; pero no tanto que no me haya quedado el suficiente para mantenerme en el ateismo. Lo único que has logrado es, escitar en mi espíritu una borrasca

de dudas y de temores, que he conseguido serenar con algunas reflexiones filosóficas, que he llamado en mi auxilio.

*Clem.* Permíteme que te estreche tiernamente entre mis brazos.

*Sever.* Sea enhorabuena: pero qué ¿esta demostracion es señal del triunfo que has logrado? que lejos estás de eso. Tengo un carácter demasiadamente firme para perseverar en mi persuacion.

*Clem.* Podria ser el abrazo una señal del triunfo, porque al fin ya está medio conseguido; pero por ahora es una manifestacion de mi complacencia, al oír de tu boca una confesion ingenua; cosa que es muy agena de los ateistas, cuyo caracter es el capricho y la tenacidad; pues aun cuando se les estrecha con razones convincentes, su soberbia les impide darse por vencidos; y solo contestan con el desprecio y el desdén; porque miran á todos los hombres contrarios á su sistema, como una chusma de preocupados, idiotas y bárbaros, segun se esplican en sus escritos y en sus conversaciones; y cada uno de ellos se juzga á sí mismo como un sol de sabiduría, cuyos resplandores son capaces de iluminar al uni-

verso entero. Pero tú me acabas de dar un testimonio de que no eres de ese número, á pesar de esa protesta de la firmeza de tu carácter, para mantenerte en tu sistema: y si tu me escuchas con docilidad las reflexiones que quiero hacerte, y me prometes seguir manifestando con imparcialidad y buena fe los sentimientos de tu corazón, yo me preparo con júbilo á darte otros mil abrazos, por el triunfo completo que espero alcanzar: triunfo en que saliendo tú vencido, tú cantarás la victoria triunfando de tus errores, de tus pasiones y de tí mismo, que es el heroísmo verdadero y glorioso.

*Sever.* Hasme las reflexiones que quisieres, con la ingenuidad que te es propia; asegurandote de nuevo de mi buena disposicion para abrazar la verdad, en donde quiera que la conosca.

*Clem.* Severo: fiado en la libertad que me permites, te digo: que tú conoces en donde está la verdad, y que eres ateaista no de entendimiento sino de voluntad; que es decir, que has abrazado el ateísmo, no por convencimiento, sino por inclinacion; pero una inclinacion forzada y violenta. Voy á manifestártelo en las reflexiones siguientes, para

explicar mi sentir, y satisfacer á la pregunta que me hiciste, de que ¿qué miras, qué intenteres puedes proponerte en haber abrazado el ateísmo, y permanecer en él? Escuchame, y te venceré.

No puedo negar que en los siglos de nuestros padres ha habido incrédulos, y que en el nuestro abundan con mayor exceso; ni tampoco negaré, que ha habido y hay hombres de corazón tan corrompido y obstinado, que sean verdaderos incrédulos: lo que sí intento probar es, que son raros estos hombres que permanecen constantes en la impiedad, y que entre tantos que hacen ostencion de su incredulidad, acaso no habrá uno sobre cuyo corazón no conserve aun la fe su dominio, y que no tema en su interior al Dios que niega, y de cuyo nombre blasfema con audacia. Esta es la primera razon en que me fundo para asegurar, que la mayor parte de los que se jactan de ser incrédulos, no lo son efectivamente; porque los desordenes y vicios en que los vemos sumergidos, no nacen de su incredulidad, sino que mas bien esta nace de sus desordenes.

Sí, Severo: hasta ahora no hemos visto entre tantos hombres que se precian de ser incrédulos, alguno que haya empezado por dudar acerca de las verdades de la religion, y que de las dudas haya caido en los desordenes: todos empiezan por las pasiones, y despues se siguen las dudas, la incredulidad y las blasfemias. Al principio se dejan llevar de los desordenes de la edad y del amor á los placeres infames, y despues de haber andado algun camino, cuando ya están cautivos en el imperio de las pasiones, les parece imposible volver atrás, sacudiendo el yugo de la servidumbre. La luz de la razon natural, su conciencia y la fe, los obligan á abandonar este camino, haciendoles ver la iniquidad de sus obras, y representándoles á un Juez supremo, que observa y cuenta todos sus pasos, y que tiene justicia y poder para castigar en la eternidad con penas terribles todos sus extravios.

Esta consideracion los asusta, los aterra, y los compele á que muden de conducta. Entónces se irritan las pasiones, tocan alarma, y se ponen de parte de ellos contra las reflexiones religiosas, que los quieren atraer á las

sendas de la virtud. La religion amenazandolos con la acervidad de las penas, derrama sobre sus gustos delinquentes el caliz de la amargura; las pasiones acariciandolos con los placeres, quieren consolarlos y fortalecerlos contra sus temores: he aquí á estos hombres vicios constituidos entre dos extremos, sin hallar á qué parte inclinarse. Si siguen el goze de sus deleites, temen las penas preparadas á ellos, y tratan de convertirse á Dios. Se apodera de su corazon la tristeza y el abatimiento, al ver que tienen que despedirse de sus placeres encantadores: no tienen resolucion para esta despedida: en tales angustias quisieran continuar en sus desordenes, sin el temor de las penas que tanto los molestan y los perturban, y quisieran que lo que enseña la fe sobre estas penas fuese una quimera y una fábula. Entónces el corazon corrompido pide auxilio al entendimiento, á fin de que se persuada de que así es.

De aquí empiezan á nacer las dudas sobre la inmortalidad de la alma, y sobre las penas eternas; pero como en el estado de estas dudas no pue-